suenan en nuestra vida, que empiezan por distraernos y pueden ir, poco a poco, minando nuestra identidad y nuestra vocación. No resulta difícil dejarnos atrapar por voces que terminan distanciándonos del proyecto de san Vicente: voces de comodidad, de búsquedas egoístas, de apego a las cosas, de vida poco exigente… En el fondo, son también las voces que escuchó Jesús en el desierto, al verse invitado a entrar en un mesianismo distinto de aquel que el Padre le confiaba (cf. Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13).

Necesitamos comenzar cada jornada sintiéndonos discípulos. Necesitamos pedir al Espíritu Santo que abra nuestro oído, que aumente nuestra capacidad de escucha y que nos haga distinguir lo que nos conduce al Evangelio y lo que nos hace crecer como Hijas de la Caridad. En nuestro mundo no vale todo.

❖❖❖❖❖❖❖

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y LA COMUNICACIÓN

- **Meditación de la Parábola del sembrador (cf. Mt 13, 4-23).**
- **Destaca aquello que te ha llamado más la atención del tema.**

  "Es necesario esto: una gran comunicación mutua, decirse todo. No hay nada más necesario… Eso une los corazones…" (Contestación de San Vicente a Santa Luisa ante una pregunta sobre la comunicación).
- **¿Cómo podemos mejorar la escucha en la comunidad? ¿Y con los pobres?**

❖❖❖❖❖❖❖

FICHA DE RETIRO - Septiembre, 2026

EVANGELIZAR EL OIDO

Hay mucha diferencia entre oír y escuchar. Se oyen los coches cuando pasan por la calle. Se oye la lluvia cuando golpea los cristales. Se oyen conversaciones lejanas de personas desconocidas. Oír es un acto automático que no requiere mucha atención. En nuestra vida ordinaria, tenemos integrados muchos ruidos, especialmente de aparatos y de dispositivos que, ni siquiera, percibimos. A veces, incluso, nos ocurre lo mismo con algunas relaciones personales. Físicamente oímos lo que se nos está diciendo, pero nuestro espíritu, nuestro interés y atención están en otro lugar.

Escuchar, sin embargo, supone atención, interés en comprender el mensaje que se nos está brindando, conexión con la persona con la que dialogamos. Una prueba de la escucha es mirar a la cara, a los ojos. Mirar y escuchar, en este caso, son sinónimos de aprecio y de estima. Lo que amamos lo rodeamos de cuidados y de atención. Podríamos modificar, de esta manera, el mandamiento del amor, sin que éste pierda vigor: *"Escuchaos unos a otros como Yo lo he hecho".*

Jesús de Nazaret es muy consciente del riesgo que corremos todos sus discípulos, de quedarnos en oír y no llegar a escuchar. Con frecuencia, pide a sus discípulos que escuchen con atención (cf. Mc 4,3). Deben abrir el oído en un nivel mucho más hondo que el físico, si realmente quieren llegar a escuchar y comprender.

SENTIRSE ESCUCHADO

Puede que, en alguna ocasión, no te hayas sentido escuchado, que lo que has expresado no ha importado ni ha suscitado interés en alguien. Este hecho termina provocando tristeza y frustración porque tu palabra ni siquiera se ha considerado. Por el contrario, te invito a evocar otros momentos en los que sí te has sentido escuchado. Tus miedos han perdido fuerza. Y es que la escucha auténtica nos hace vivir más serenamente nuestra vulnerabilidad. También nos da confianza para saber que podemos mostrar errores y flaquezas sin temor a dejar de ser amados. En un clima de escucha nos atrevemos a expresar nuestras necesidades, sin exigencias, porque sabemos que serán acogidas con respeto, aunque no siempre nos ofrezcan la respuesta que nos gustaría. El sentirse escuchado facilita enormemente la reconciliación, el perdón mutuo y el buen ambiente comunitario.

Si es importante sentirse escuchado por las personas que nos rodean (pensemos en las Hermanas de comunidad), no es menos importante sentirse escuchado por Dios. En momentos de oscuridad y de soledad, resulta necesario acudir a la Sagrada Escritura para percibir la escucha de Dios. Dice, por ejemplo, el salmo 116,1-5: *"Amo al Señor porque escucha mi voz suplicante, porque me presta oído cuando lo invoco… Me envolvían redes de muerte, caí en tristeza y angustia… El Señor es benigno y justo…".*

ESCUCHAR

La experiencia de ser escuchado (por las Hermanas y por Dios) convierte, poco a poco, nuestro oído para escuchar con atención la realidad que nos rodea. Sentirse escuchado es una gracia, un don que abre nuestro oído y nuestro corazón para hacer otro tanto. Evidentemente, la escucha de la Palabra de Dios también predispone a esa otra escucha del hermano/a. *"Dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque escuchan"* (Mt 13,16). Además, para el Señor, saber escuchar su Palabra es tanto como alcanzar la plenitud. Su acogida nos transforma *"Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica"* (Lc 11, 28).

Frente a la belleza de saber escuchar está la incapacidad para detenernos agitados por la prisa, el agobio y el móvil, que cada vez vuelve más loca nuestra vida. Para escuchar como Dios manda se requiere tiempo. Oír puede ser cuestión de segundos, pero escuchar requiere disponibilidad para regalar tiempo.

Otro enemigo de la escucha atenta es la comunicación atropellada. No hay tiempo para acoger lo que alguien está diciendo. Se le corta, se le deja con la palabra en la boca. Lo primero que se requiere en una conversación es acoger lo que se dice sin cargarlo de moralismo ni de juicios. Si no hay acogida serena de la palabra, no hay acogida de la persona. En un segundo momento, pueden venir las confrontaciones necesarias.

¿ESCUCHAR "CANTOS DE SIRENA"?

Quiero evocar aquí el mito de Ulises. Cuenta Homero en la Odisea que las sirenas seducían, de manera irresistible, a los navegantes que tenían que pasar por el estrecho mar que bañaba las costas de una pequeña isla griega. Las sirenas los hacían morir propiciando que las embarcaciones se estrellasen contra los escollos próximos a la isla. Ulises, conociendo bien el peligro, tapó con cera los oídos de sus compañeros, para que no oyeran a las sirenas y no se dejaran seducir por sus cantos. Sin embargo, él se hizo atar al mástil para poder escuchar la seductora voz de las sirenas sin por ello sufrir las consecuencias desastrosas.

Esta historia nos remite a los muchos cantos de sirena que